
Armonía Somers: Sondeo intuitivo y visceral del mundo

Oficio de leer

Referirse a las dificultades que presenta la narrativa de Armonía Somers, para el lector principiante sobre todo, ya es tópico y si las recordamos ahora es para reafirmar y corregir, en lo posible, este criterio nacido las más de las veces de la comodidad —lo que no implica afirmar su falsedad—. Quizá no exista ninguna narración de esta escritora uruguaya que se entregue con facilidad y ella misma entiende que es irremediable. Armonía Somers se explayaba sobre este punto enfrentando lo anecdótico a otra cosa más importante y describía la función —tantas veces decisiva— del lector.

Siempre hay algo más importante que la anécdota, tantas veces prescindible. Me gusta que rastreen ese algo más, porque así como existe un oficio de escribir hay también un oficio de leer. Y muchas veces, a través de esta última instancia, y no tanto respecto a los críticos como a los lectores desconocidos, me vengo a enterar de mis cosas más allá de la propia intención. Esta especie de mayéutica es, sin duda, lo que más justifica el dolor de crear, y también el de convivir. Porque en ese juego de vasos comunicantes uno descubre, a su vez, a quienes lo han descubierto. Ese misterio que vive detrás de la anécdota, como las pequeñas y peligrosas arañas detrás de los cuadros, no puedo darlo sin destruir la virtualidad sugerente ¹.

Entorno literario

Armonía Somers (Uruguay, 1917) pertenece por derecho de nacimiento a la llamada generación uruguaya del 45 ²; sin embargo, puede considerarse como una de esas excepciones que niegan o justifican el valor último de este criterio que, con tanto ahínco, se cuestiona hoy. Es que al pasar revista a ese ser generacional —a sus temas, sus predilecciones, sus problemas— encontramos algo más que divergencias; hay, en verdad, un desentendimiento casi completo en relación a las obsesiones que tipifican la obra de esta escritora y aquellas por las que se inclina el resto del grupo.

Armonía Somers comienza a publicar relativamente tarde —1950— y su primera obra será una novela ³. Ya muestra esta narración los rasgos más característicos y

¹ A. FRESSIA y J. M. GARCÍA REY: «Maldición y exorcismo. Veintiuna preguntas a Armonía Somers», *Revista Sintaxis*, Montevideo, abril 1976, núm. 2.

² Los integrantes de esta generación que han obtenido más renombre son: Carlos Martínez Moreno, Mario Benedetti y Mario Arregui, en la narrativa; Amanda Berenguer, Idea Vilariño e Ida Vitale, en la poesía; Angel Rama, José Pedro Díaz y Emir Rodríguez Monegal, en la crítica literaria; Carlos Maggi, en el drama, y Carlos Real de Azúa y Manuel Claps, en el ensayo.

³ Las obras de Armonía Somers son: *La mujer desnuda* —novela—, 1950; *El derrumbamiento* —cuentos—, 1953; *La calle del viento Norte* —cuentos—, 1963; *De miedo en miedo (los manuscritos del río)* —novela—, 1965;

definitorios de su estilo y entre ellos uno de los de más peso: la originalidad. Podríamos citar algunas de las circunstancias que colaboraron desde lo personal a perfilar ese rasgo —desinterés por los grupos, los cenáculos y todo aquello se llama comúnmente vida literaria—, pero quizá sea suficiente a los efectos de este trabajo caracterizar someramente una obra que ya va siendo larga y reconocida ⁴.

Visceral y auténtica

En esta narrativa lo que no se encuentra es la concesión; ella se genera en un territorio donde no hay contemplaciones posibles porque es el territorio de lo visceral y auténtico y por el que, repitiendo pensamientos de la autora ⁵, se desplaza con los movimientos instintivos de un ciego en su noche plena y donde conoce la vida abierta y secreta de todas las cosas que se le brindan de por sí. Desde este ámbito es que la obra se muestra como maldición y exorcismo para quien la crea. (*Y le doy al término maldición su sentido de cosa que nos cae encima, sin elección y sin apelación posible. Claro que esto sólo con validez respecto a la literatura de índole entrañable. Es a ese nivel donde se da la literatura como transformación de la realidad. Para entonces ya comienza a ser un exorcismo*) ⁶.

En este sondeo instintivo el hombre aparece como un ser en soledad, irracional y emotivo, sujeto a su humanidad que es antes que nada tragedia de incomunicación y muerte. El «Tríptico darwiniano» es —aunque en tono humorístico de relato menor— un relato que concentra buena parte de estas características. También muestra hasta qué punto la humanidad se parece a la animalidad. Es probable que esta asimilación se conjugue con el escepticismo para alejar —tantas veces— a la creadora de sus personajes. Este distanciamiento se marca con claridad en la ironía, el sarcasmo o el humor negro que son formas habituales, aunque no únicas, de presentar ese mundo de ficción.

Estos hombres viven su amargura y su agonía *masculando, enrostrando, escupiendo* sus convicciones y sus problemas; lamentando su condición muchas veces desde la conciencia misma de su impotencia y pequeñez. Los personajes de sus cuentos y novelas son seres desvalidos, ridículos, ciegos, trágicos, sentimentales, cómicos y, sobre todas las cosas, comunes y corrientes.

Ahora bien, para transmitirnos las vivencias de estos seres comunes —involuntariamente solitarios y triviales— la escritora echa mano de cuanto recurso cree necesario sin preocuparse (obviamente) por los críticos literarios. Y así, entonces su

Un retrato para Dickens —novela—, 1969. A estas ediciones hay que sumarle dos tomos de cuentos llamados *Todos los cuentos*, 1967, que reúne los ya publicados y nueve inéditos y una antología *Muerte por alacrán*, Calicanto, Bs. A., 1979, que incluye un cuento inédito. Muchos de sus cuentos se han incluido en antologías generales, ya en el Uruguay, ya en el exterior y otros fueron traducidos y publicados en revistas alemanas, francesas y estadounidenses. Su última novela es *Sólo los elefantes encuentran mandrágora*.

⁴ Entre los estudios que sobre la obra de Armonía Somers se han realizado cabe citar el de la profesora norteamericana Evelyn Picón Garfield, *Yo soplo desde el páramo: La muerte en los cuentos de Armonía Somers*, «Texto Crítico», Universidad Veracruzana, México, 1977; como así también la ponencia de Helena Araújo, *El derrumbamiento*, presentada en mayo de 1980 en un coloquio sobre el cuento que tuvo lugar en La Sorbona.

⁵ W. PENCO: «Armonía Somers. El mito y sus laberintos», *noticias*, Montevideo, octubre, 1979.

⁶ *Op., cit.*, ver nota 1.

narrativa se mueve ya dentro de los cánones de la llamada literatura realista, ya por esos espacios de la ficción libre de los lastres referenciales más comunes. Este movimiento va pautado por una amplia libertad de criterios, por una parte, y por los consejos de su intuición creadora por otra. De esta forma, su obra nos muestra un mundo demasiado conocido, demasiado humano si se quiere, pero ahondado hasta lo irreconocible, profundizado casi con furia hasta los límites mismos de lo patético, lo tierno o lo macabro.

El humor

En este cuadro esbozado de su narrativa, el humor se parece más a una revancha que a un acto de esparcimiento; el humor no es juego, sino denuncia y grito y, por ello, las más de las veces se convierte en humor negro. El humor aparece en los distintos niveles de significación del texto: desde la palabra —que puede ser un nombre— hasta la circunstancia creada por un largo y rico contexto. Llamar a un personaje Honoribaldo Selva ya es reidero, pero si este individuo es encarnación de la muerte y se despide de sus compañeros de juergas entre eructos, hipos y vahos de alcohol para morírseles en la madrugada y desaparecer con la correntada de un río —como sucede en el cuento «El entierro»—, la broma pasa a ser macabra.

El humor surge del distanciamiento o se combina con él para enseñar en la distracción. También sirve este tipo de humor para marcar la desmitificación, aunque después del mito no haya nada.

La escritora distancia, quiebra clichés: inventa otro tipo de vinculación entre las cosas y los seres en la obsesión de descubrirles el envés. Cuando quiere comunicarnos una acción erótica escribe que las piernas se frotan por debajo de la mesa «como rodillos pulidores», en otro lugar leemos: «como quien saca un caramelo del bolsillo me ofreció una sonrisa también especial, de la marca que usaba para todo».

Una filosofía pesimista

Las primeras comprobaciones surgidas de la lectura han de ser negativas. No puede ser de otra manera: toda la obra de Armonía Somers rezuma preocupaciones de índole moral y nos lleva a reflexionar acerca de la vida humana y sus circunstancias. Esta nos es presentada como una *misteriosa cuerda* que nos hace actuar, *un misterio que nunca se podrá aclarar por más que uno vuelva y revuelva en su cochino pozo negro*, tal como declara uno de los personajes. En este panorama la locura aparece como una evasión que no es menos positiva por involuntaria. En *La calle del viento norte*, a un muchacho «alegre y silbador» el viento *pone el carro de sombrero dejándole en una pérdida de todas sus molestias*. La existencia del hombre es una contingencia de la fatalidad —como lo recuerda la propia narradora—, una situación desventajosa a la que sólo puede sustraernos la locura o la muerte y que convierte a sus personajes en prisioneros de la miseria y de la desesperación. Si la vida resulta un *cochino pozo negro* y la locura una feliz deserción, no parece la especie humana el ejemplo corroborador de la justicia y ésta se transforma en una mera abstracción de juristas. Tan ausente como la justicia

resulta Dios, su principal representante. Y para con esa ausencia tiene la autora la actitud de quien exige y juzga con dureza, pues aquel ausente aparece como contraventor de su propia esencia ya goce en la tragedia humana ya se burle de las esperanzas y preocupaciones de esos seres.

Su obra se convierte automáticamente en contrapartida de una imagen idealizada del mundo para mostrarlo en su desnudez y desgracia —tomando este término en su sentido estricto—; la escritora se encarga de darnos la historia del fraude y la mentira, desmitificando ese mundo hasta descubrir el fango de la miseria del hombre. No en vano sus temas son las «infallibilidades como el destino, la muerte, el amor».

Si el verdadero estado de las cosas es el desorden tal como leemos en *Muerte por alacrán*, una actitud normal —asidua en la escritora— será ese distanciamiento que se observa fácilmente en el uso de la ironía. No obstante, esta actitud no trasunta la frialdad del que observa remotamente como podría hacerlo algún dios distraído o abúlico que inventa sus creaturas, pero no padece con ellas. Este grado de independencia afectiva —por ponerle un nombre— la encontramos entre Borges y sus personajes. Pero en escritores como Armonía Somers la filosofía siempre va después y será una filosofía de la desesperación, un existencialismo que se compadece de sus creaturas porque compadece a la humanidad, a su propia humanidad. A pesar de todo, esta actitud no se trasmite al lector con un sentimentalismo plañidero, sino con la acidez de quien exige a sabiendas de que no podrá lograr nada; es la voz de quien elige una postura igualitaria y no la supeditada de la humillación. No extraña, entonces, que los temas que entretejen la narrativa de la escritora uruguaya resulten tan humanos y entrañables: amor, muerte, soledad, incomunicación, libertad, etcétera.

Ese humano padecimiento, ese estar padeciendo junto al que sufre, aparece incluso cuando el tema al que apunta una obra —a veces en su totalidad— es la libertad. Respecto a este punto la narradora se explaya:

No niego que exista una fatalidad en mis situaciones y en mis personajes, alguno de ellos como Rebeca Linke en *La mujer desnuda*, el hombre del bigote amarillo de *La calle del viento norte*, los camioneros de *Muerte por alacrán*, encarnando el papel de instrumento o víctimas de un intento de libertad o de su derecho a la misma sin solución. Pero porque esos personajes en cierto modo arquetípicos no puedan asumir la libertad, mejor dicho, fracasen en el intento, ello no significa negar la libertad como meta del hombre en el proyecto existencial. Lo que yo veo es una especie de ley feroz en el universo que envía el rayo sobre aquellas cabezas. Y de esa contingencia sólo soy testigo y relator⁷.

Es cierto que de la libertad no queda más que como deseo para una meta que ha de estar en alguna parte. Lo otro, lo que se siente con más dureza, es la necesidad de agarrarse a la vida *con todas las uñas*, acto ciego casi animal nacido de la desesperación y la ignorancia. Es que llega un punto siempre en que sucede *lo que no se piensa casi nunca. Que ese algo que configura la armazón de la fe, la parte material del mito, se derrumbe de golpe. Y que todo lo que había en derredor deba acomodarse a lo que queda, a la nada.*

JOSÉ MANUEL GARCÍA REY
Valdecanillas, 55, 4.º D
28037 MADRID

⁷ *Ibid.*